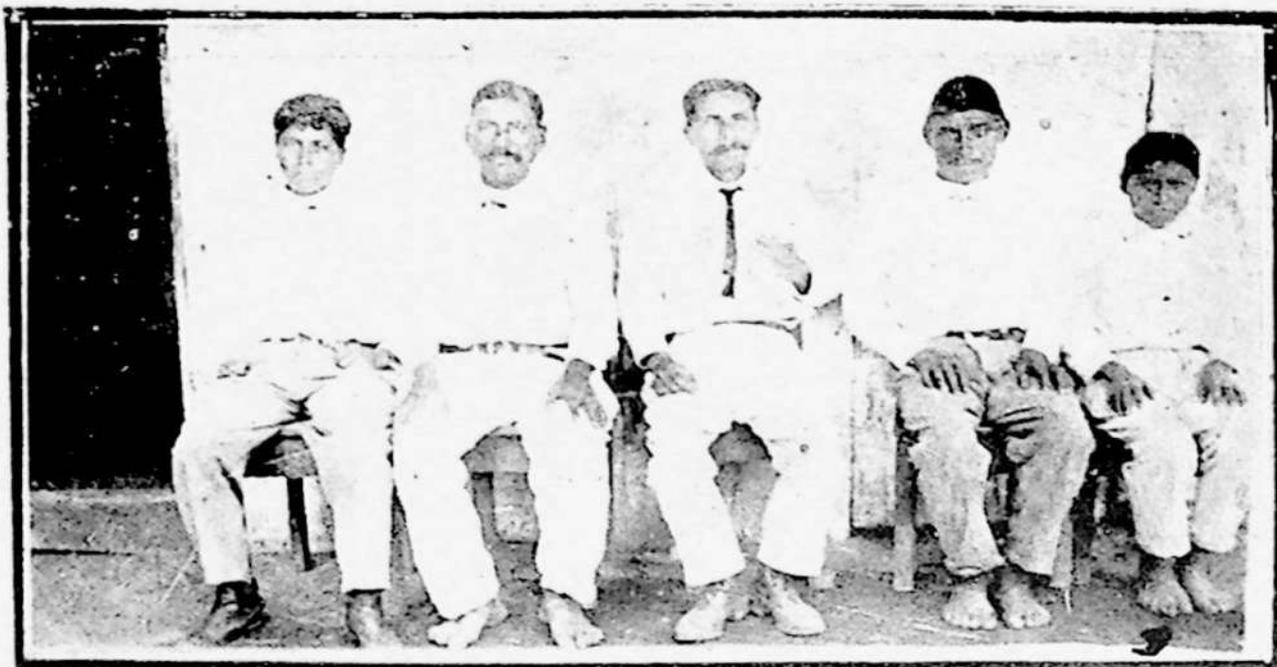


Una de las operaciones elementales para la fabricación del "pulqué", bebida alcohólica de trágicos efectos



Componentes de la comisión educacional de un pueblo habitado por indígenas



Tipo de escuela rural en territorio indígena muy alejado de centros urbanos

Alberto Méndez Bravo

MEXICO, SU REVOLUCION Y SU ESCUELA

No conozco en el mundo movimiento educacional que presente mayor espíritu de unión íntima entre las actividades escolares y las de la comunidad, que el que se ve ahora en México.—JOHN DEWEY.



COMISIONADO por el Supremo Gobierno realicé en México, a fines del año último, diversos estudios relacionados con los servicios educacionales de aquel país. Especialmente dediqué mi atención a la Escuela Rural, conceptuada y creada dentro de las modernas tendencias educacionales y sin el estorbo de la escuela tradicional, pues antes de 1922 las masas campesinas y aborígenes no recibían, prácticamente, educación.

El Gobierno de la Revolución principalmente en los últimos tiempos, abordó y está resolviendo la incorporación del indio a la vida civilizada, como el único medio racional y humano de formar una nacionalidad. Ante la proporción abrumadora de masas infelices e incultas, hambreadas y sin ideales, los hombres sinceramente comprensivos y patriotas miran con inquietud el porvenir de su patria, dividida y sangrante, y piensan que es urgente repartir entre indios y mestizos una cultura relativa pero *integral* que los acerque a las clases privilegiadas y les forme una conciencia cívica. Y tienen razón, sin duda alguna.

El solo considerar que hay cinco millones de indios que ni hablan ni entienden castellano y otros tantos mestizos semi-incultos que comparten las miserias, los celos y los odios de las razas aborígenes, convence de que la paz social será allí una utopía mientras el choque de las pasiones y de los intereses egoístas encuentre en la incultura elementos fanáticos de defensa y de agresión.

Múltiples problemas económicos, políticos e ideológicos sacuden la vida de México. Hacer del indio infeliz, que ahora es un paria, un pequeño propietario, un campesino, un agricultor; del mestizo politiquero que azuza pasiones un ciudadano de amplio criterio social y nacional que impulse el comercio, las industrias, las bellas artes, y del fanatismo religioso una serena fuente de tolerancia no enturbiada ni desviada hacia intereses bastardos, esa es la tremenda cuestión por resolver y en ella se le asigna papel preponderante a la escuela rural.

Hermosa y sabia esperanza. Educar, formar la eficiencia individual y el espíritu colectivo, he ahí lo esencial en todas partes y sobre todo en aquel país cuyas dislocadas fuerzas vivas, actuando egoístamente, tienden a agotarlo fratricidamente.

Al maestro humilde de las montañas, al de las ciudades, al de los institutos profesionales, a las escuelas agrícolas, a la Universidad, a todos corresponde *formar conciencia, integrar a México*, pero especialmente a la *Escuela Rural*, porque lo que más hace falta es un *espíritu rural*.

«La Escuela Rural, en contacto directo con los problemas y los puntos de vista elementales, es el principio integrante por excelencia de nuestra nacionalidad. En este sentido profundo, está el comienzo y el fin de todo lo que ha de formarnos una Patria», ha dicho el Sub-secretario de Educación, profesor don Moisés Sáenz, inteligente y activo funcionario que hace honor a su puesto y a su país.

El medio físico y social en que la escuela rural mejicana actúa, los problemas que resuelve, son distintos de los nuestros, pero los conceptos pedagógicos y filosóficos en que se fundamenta, están llenos de sugerencias que, a mi juicio, podrían sernos útiles, especialmente en estos momentos en que nuestro gobierno, con acertado y moderno criterio, estudia la diferenciación de la escuela campesina y ha dispuesto la creación de Escuelas Normales Rurales.

No tenemos para qué ir al detalle, busquemos la inspiración. ¿Hace falta crear la escuela rural que sirva la *realidad* y las necesidades de nuestros campos? Pues bien. Determinemos su filosofía, organicemos su funcionamiento, démosle una técnica, inspirándonos, si se quiere, por necesaria amplitud de criterio, en otras experiencias, pero sin *copiar*. No podemos ya seguir teorizando encerrados en conceptos pedagógicos de laboratorio o que nos vienen de otras realidades sociales, sin amoldarlos a nuestras características, a nuestros intereses, a nuestras aspiraciones. Cada pueblo necesita escuelas y maestros propios para garantizar la continuidad de su proceso histórico.

REALIDAD SOCIAL

El ojo menos avizor, a poco de asomarse a la vida popular de México, a la vida rural especialmente, descubre situaciones y características que varían de modalidad según el medio, pero que conservan en el fondo una misma angustiosa relación: la de su miseria material y cultural. No menos de cuarenta familias y tribus aborígenes pueblan el territorio de la República y más de cien lenguas y dialectos sirven de expresión a su rudimentaria mentalidad. Desde los yaquis de Sonora hasta los tzoques de Chiapas, la civilización ha pasado durante siglos rozando apenas sus costumbres primitivas, *respetando* su ignorancia y *cultivando* sus fanatismos para explotarlos mejor. Separados entre ellos mismos por barreras de raza y de lenguaje, por el sedimento de antagonismos ancestrales económicos, guerreros y religiosos; sin comunidad de intereses, sin ideales de ninguna especie, ¿qué puede unirlos más allá de su dolor y su miseria? Fueron pueblos agrícolas, fueron pueblos teológicos, fueron pueblos guerreros, y alcanzaron la más alta cultura de América en tiempos que la historia no ha podido ubicar con exactitud. Ahora viven totalmente desconectados de su mismo pasado glorioso, conservando apenas, como en una subconciencia, la idea de que fueron distintos.

No podría decirse que la esclavitud y la explotación de los indios durante la Colonia cesaran al constituirse México en nación independiente. La Constitución del nuevo Estado declaró libres e iguales a todos los habitantes, pero ¿lo eran en realidad? ¿Se había emancipado la masa indígena y mestiza de sus fanatismos y de su ignorancia? ¿Se había modificado el criterio social en el sentido de adoptar un mismo código de moral para blancos y aborígenes? De ningún modo. Se había creado un concepto civil puramente abstracto, pero la realidad de la vida social continuó invariable. Esto equivale a decir que se mantuvieron los explotadores y los explotados.

Despojados los indios de sus tierras productivas, fueron a construir sus humildes rancherías en las montañas o en las estepas. El amo capitalista los recibió luego como peones en las haciendas que antes les pertenecieran y les pagó mal, a precio de miseria, su humildad y sus sudores. No les dió educación, ni siquiera les enseñó el castellano: se valía de ellos por medio de intérpretes.

No menos de ocho millones suman los mejicanos por incorporar a la civilización y de éstos, cuatro o cinco millones no hablan ni entienden castellano. Viven perdidos y aislados en las zonas más ingratas e improductivas. Sus moradas son

humildes *jacales* (ranchos) de piedra y paja, su vestuario lo componen una blusa, un calzón de tosco lino, un gran sombrero de palma y pobres *huaraches* (sandalias) de cuero sin curtir. Pero algunos son tan infelices que sólo llevan una andrajosa faja o calzón a manera de taparrabo. En sus *jacales* estrechos y oscuros conviven con sus bestias y allí, donde el agua es escasa, como en San Luis Potosí, beben juntos — conmovedora camaradería — hombres y animales, el agua pútrida de las pequeñas presas en que almacenan el agua de las lluvias.

A más de sus bestias: asnos, cabras, cerdos, gallinas que siempre poseen en escasísimo número y que les sirven para obtener algún dinero en la feria del pueblo cercano (cercanía a veces de dos o tres días de viaje) tienen siembras de maíz y de *chile* (ají) y cultivan el *maguey* que les da el veneno del *pulque* (bebida fermentada y desagradable) con que se embriagan y los vellones de *ixtle* (fibras) con que fabrican cuerdas y sacos. A esto se reduce su vida económica y comercial y sobre ella descansan, naturalmente, sus afanes y sus esperanzas. Pero ¿qué afanes? Los que se refieren especialmente a su sustento, problema doloroso e implacable, que nunca han resuelto porque siempre padecen de hambre. («De cada 50 habitantes de las clases campesinas, 49 no satisfacen plenamente su hambre», ha dicho el Presidente Calles.) Pero ¿qué esperanzas? Antes ninguna que pudiera definirse; ahora las que ha infiltrado en sus corazones con su política humanitaria el Gobierno de los últimos años: posesión de un pedazo de suelo, ayuda social, educación de sus hijos.

Por lo dicho hasta aquí, se comprende fácilmente que esta enorme masa humana, indígena y mestiza, no tiene otro nexo con la nacionalidad mejicana que su simple ubicación geográfica; está dentro de México, pero no pertenece ni económica, ni social, ni moralmente a él.

Esta es la condición que necesitamos modificar en nuestro México—ha dicho el Dr. Puig Casauranc, ex-Secretario de Educación Pública de aquel país; pero veamos antes si podemos hacerlo, si vale la pena de intentarlo, si no estamos movidos por un sentimiento de débil piedad, de enfermiza conmiseración, y analicemos muy ligeramente lo que nos enseña respecto de los indios la historia.

Se ha dicho que desde tiempos inmemoriales existieron en México maravillosas civilizaciones. Vinieron a menos y desaparecieron, pero indudablemente han debido mantener o transmitir en el espíritu de las generaciones un sedimento de cultura. «Sería absurdo refutar tal afirmación y un verdadero desacierto no aprovechar en la educación las posibilidades que de esa base de cultura se derivan. Relacionar, pues, lo que aun resta de la civilización india, en ideas y en aptitu-

des, con los valores y orientaciones de la civilización moderna, es tarea que corresponde a nuestros maestros. Es, además, la única manera de tener una civilización con características propias», añade un distinguido profesor mejicano.

Que existen en el pueblo de aquel país ideas, emociones y habilidades que pudiéramos llamar ancestrales, es indudable. Y que alcanzan en determinados aspectos y ocasiones vigorosa expresión, está a la vista.

Los indios mejicanos poseen cualidades artísticas sorprendentes y descuellan en las manifestaciones más altas del espíritu, como son la pintura y la música; tienen facultades de adaptación y de asimilación nada comunes y son físicamente duros, sufridos y frugales. Su folklore registra hermosas leyendas y poemas, y de su temperamento emotivo se puede juzgar, aun hoy, en muchos detalles de su vida.

Pero si alguien quiere, apartándose de estos valores espirituales, encontrar otros más positivos y aprovechables para levantar con urgencia su penosa condición material, puede estudiarlos en sus industrias lugareñas. Son famosos los *sarapes* (tejidos de lana) de Oaxaca, la cerámica de Puebla, las jícaras de Michoacán, los tejidos de ixtle de toda la mesa central, la cestería, el tallado de la lechuguilla, etc., etc. En tal orden de trabajo existen verdaderas maravillas.

Sin embargo, corrientes de opinión y tendencias reaccionarias niegan al indio condiciones para ser incorporado a la civilización. Lo consideran un ser inferior que debería ser aislado y eliminado. Para responder a tales afirmaciones, el Presidente Calles instituyó la Casa del Estudiante Indígena, experimento psicológico-social que está dando los mejores resultados. Tuve la satisfacción de conocer esta Casa y de imponerme de cómo muchachos indígenas de las diversas razas, llegados en estado semi-salvaje, sin noción del castellano, sin idea de gobierno ni de nacionalidad, están convirtiéndose en hombres cultos, eficientes e idealistas, sin otra diferencia con los blancos que el color de la piel. Ya muchos de ellos son pequeños industriales, maestros rurales o *gente de razón* en sus poblados de origen.

Un pueblo que así asimila y así se adapta a la vida superior de un país, es un pueblo que puede y debe seguir viviendo.

La escuela rural mejicana, de que en seguida hablaré, se propone disminuir y anular la distancia evolutiva que separa a los indios de los mejicanos propiamente tales, transformando su mentalidad y sus costumbres, y está segura de conseguirlo.

LA ESCUELA

La escuela rural mejicana empezó a establecerse hace apenas seis años. No tiene pasado, no la estorba el concepto ni la realidad de la escuela tradicional. Estudiado el medio, fué relativamente fácil definirla y crearla de acuerdo con las necesidades de la vida campesina y las modernas tendencias educacionales.

Las necesidades de la vida campesina no se pueden satisfacer enseñando a los niños solamente a leer y escribir. Ni siquiera enriqueciendo los programas con nociones científicas y con la adquisición de habilidades prácticas. Eso puede bastar para una escuela urbana donde el nivel de la vida es más alto y donde los adultos tienen mucho menos que pedir a la escuela. Pero en un medio social todavía primitivo como el de México, con un poder de resistencia y de inercia que sería peligroso desconocer, tres o cuatro años de escuela, de los 8 a los 12 años de edad, representan una fuerza tan débil contra la tradición que se pierden y constituyen, como ha sucedido hasta aquí, una permanente decepción.

Se necesitaba, pues, un programa educativo más rico y más amplio, un programa *integral* que abarcara a los niños y a los adultos, una filosofía que obligara a la escuela a penetrar definitivamente en la comunidad, y se necesitaba, además, coordinación y apoyo mutuo de otros agentes civilizadores, como los que podían ofrecer las Secretarías de Agricultura, de Industria y Fomento, de Comunicaciones, etc.

Y así se hizo.

Siendo el medio físico y etnológico de México de manifiesta y rica variedad, no se podía pensar en un tipo *standard* de escuela. Su filosofía general, sus métodos quedan sintetizados en lo dicho hasta aquí, pero cada región necesitaba *su* escuela. El maestro debía y debe crearla estudiando primero detenidamente el ambiente que la circunda; su raza, sus tradiciones, sus costumbres, sus necesidades económicas y culturales, para que la labor por realizarse sea el perfeccionamiento de una *vida propia*, cuyas orientaciones sociales y cívicas converjan hacia una nacionalidad.

Una escuela conceptuada en esta forma podría definirse así:

Por sus métodos, es escuela de la acción.

Por su filosofía, escuela socializada.

Por sus orientaciones, escuela nacionalista.

Tal escuela se propone llevar a las congregaciones indígenas la influencia de la civilización actual sin contentarse sólo con dar a los niños un concepto más elevado de la vida. Aspira lograr para la comunidad mejores hogares, mejores métodos

de trabajo, mejor organización, amplios medios de comunicación, mejor salubridad y mejor ambiente espiritual hasta incorporarle por afinidad de intereses y de aspiraciones al conjunto de ideas y emociones que es una nacionalidad.

Lo anterior supone la realización de cuatro valores: uno intelectual, otro disciplinario, un tercero utilitario y el último socializante.

El valor intelectual o informativo de la actual escuela rural mejicana es el que contiene el programa de una de nuestras escuelas primarias, hasta el tercer año, refundido y descargado de su carácter enciclopédico. Pocas materias debe enseñar el maestro a sus alumnos, aquellas indispensables para la comprensión de la vida que lo rodea, pero *intensamente*.

El valor disciplinario se verifica por la acción constante del maestro sobre el niño, creando en éste un sentimiento de responsabilidad que entrañe deberes y obligaciones. Esto, que para la escuela chilena fué siempre deber ineludible, se impone sólo ahora a la escuela rural mejicana, porque nadie había pensado antes en hablar de ciudadanía, de deberes y derechos a las masas campesinas. Hombres eminentes hubo, civiles y eclesiásticos, que recomendaron no propalar a los indios tales cosas si se quería mantener escuelas, ya que lo menos que podía ocurrir era que éstas quedaran desiertas, si es que no peligraba la vida misma del maestro. ¡Tan hostiles eran o se creía a las razas aborígenes contra la civilización blanca que los había convertido en parias!

El valor utilitario o práctico es aquel que se cumple por medio de las actividades manuales, del aprendizaje de pequeñas industrias, del cultivo del huerto y del campo escolares. Para la Secretaría de Educación de aquel país, estas disciplinas no sólo tienen valor educativo; deben, al mismo tiempo, ser utilitarias, porque el indio necesita salir inmediatamente de su condición de miseria y porque el Gobierno no está en situación de proveer a todas las necesidades escolares.

Por fin, *el valor socializante de cultura* lo realizan las escuelas creando vínculos de simpatía y de colaboración entre ellas y las comunidades. A este respecto, no basta que la escuela cuente con campos de cultivo, con preciosas crías de animales, con actividades manuales de todo orden; es indispensable que estos afanes y beneficios lleguen a cada hogar. «De otro modo se corre el riesgo de hacer de la escuela un centro egoísta en el que se despilfarran las energías de los vecinos y se frustran los fines de la educación».

LOS MAESTROS

Todo sistema de educación necesita sus maestros. Y así los mejicanos han improvisado o están formando los que convienen a sus escuelas rurales. No podían, por falta absoluta de ellos, echar mano de los normalistas egresados de sus institutos urbanos. Tampoco lo pretendieron. Los normalistas, según ellos, padecen de formalismo; están imbuídos de la infalibilidad de sus pequeños métodos y no se adaptan a la labor de ejecutantes, de trabajadores sociales. Para ellos prima el *decir* sobre el *hacer*, el *recinto de la escuela* sobre el *ambiente que la circunda*.

La labor que la escuela rural mejicana pretende estar realizando necesita maestros que no se distancien demasiado del medio en que deberán actuar, que no tengan ambiciones profesionales de predominio egoísta, pero que comprendan íntima e íntegramente las necesidades y aspiraciones de la vida campesina, que tengan una *conciencia vecinal*, porque el maestro debe ser un líder en el más amplio sentido, un trabajador social que intervenga en todos los asuntos de interés colectivo, principalmente en la dignificación del hogar.

Ya he dicho que el maestro rural mejicano debe actuar más que hablar en materias sociales. No puede, por lo tanto, dictar conferencias para recomendar la formación de instituciones vecinales. Debe crearlas él mismo y servir ampliamente la realidad; deben ser funcionales y unir solidariamente a los vecinos para la satisfacción de sus necesidades comunes. Las madres de familia organizadas en sociedad por la escuela para velar por la salud y bienestar de sus hijos; los hombres reunidos en cooperativas agrícolas y comerciales para la obtención de semillas, abonos y herramientas y para la mejor colocación de sus productos; los Comités de Educación que colaboran a la acción de la escuela son ejemplos típicos de estas instituciones funcionales y prueban que la escuela se proyecta en la comunidad.

Los actuales maestros rurales no tienen título. Fueron reclutados apresuradamente tomando en cuenta más su buena voluntad que sus estudios, los que no pasan generalmente del cuarto año primario. Y estos maestros que ignoran toda pedagogía y todo método enfático están respondiendo en el 50% de los casos. Son gentes humildes, en su mayor parte descendientes de las razas autóctonas, que han vivido y sufrido las miserias materiales y las lacras morales de sus hermanos y entre los cuales hay muchos que sienten casi un delirio por la liberación del indio. Dóciles a las sugerencias de sus superiores, no tienen la pretensión de hacer de sus alumnos pozos de ciencia, sino hombres más eficientes y más libres.

Para no repetir ideas — ya que son varias las referencias hechas con anterioridad respecto de la personalidad que se desea para el maestro rural — consignaré resumidas las cualidades características que debe poseer en alto grado: *conocimiento del medio, simpatía hacia sus problemas, espíritu de sacrificio y temperamento de líder*. Una sola prohibición tiene a este último respecto: la de no mezclarse en asuntos políticos, sobre todo de carácter electoral, porque su misión es de lenta, serena y segura evolución social y no de apasionado y disolvente partidarismo.

PERFECCIONAMIENTO DEL PERSONAL

El formidable problema de incorporación que se pretende solucionar por medio de las escuelas rurales, obligó a crearlas con tal liberalidad y entusiasmo que desde 1923 hasta la fecha han aumentado en casi mil por año. Para hacer posible la realización de este plan que se considera trascendental para los destinos futuros del país, fué, como acabamos de ver, indispensable improvisar a los maestros. Tales elementos, reclutados como en caso de guerra sorpresiva se recluta a los soldados, no podían rendir sino un mediocre resultado para una obra formal y duradera. Era indispensable seleccionar y mejorar ese deficiente material humano. Y todavía más: había que encarar la difícil tarea de mantenerlos dedicados a sus actividades.

En un país anquilosado espiritualmente por siglos de esclavitud en sus clases populares, perturbado por disturbios revolucionarios casi constantes, en un medio de desconfianza y a veces de hostilidad contra la civilización, donde todo es problema por solucionar: el idioma, el hogar, la producción, el comercio, la formación de ideas y de ideales, la misión del maestro rural es tan especial y difícil, tan llena de obstáculos y desalientos, que necesita un permanente control y un permanente estímulo a fin de que, no sólo se perfeccione profesionalmente, sino que mantenga y renueve las energías y actividades de su espíritu.

Los primeros ensayos de mejoramiento se hicieron a fines de 1923 y continuaron en 1924 y 1925. Consistieron en *Cursos de Vacaciones* realizados en las ciudades cabeceras de Departamentos, pero no tuvieron ni una organización ni una técnica. Sin embargo, el ensayo produjo innegables buenos resultados y dió origen a la creación de una dependencia específica que se llamó Dirección de Misiones Culturales, la que debía organizar, dirigir y supervigilar la labor de mejoramiento de los maestros rurales y primarios foráneos. Esta fué por entonces su finalidad única, pero bien pronto se comprendió

que ese objetivo era incompleto, pues mientras se mejoraba a los maestros en servicio, nuevas generaciones de maestros improvisados seguían llegando a las escuelas. Se hacía indispensable *formar* el nuevo personal que las necesidades educacionales iban reclamando. Este convencimiento dió origen a la creación de Escuelas Normales Rurales.

¿Cómo evolucionaron los Cursos de Vacaciones hacia la creación de los organismos docentes que se llamaron Misiones Culturales? Nadie lo sabe decir.

El hecho es que durante los años 1924 y 1925 se hicieron diversos ensayos por medio de profesores ambulantes que en puntos determinados reunían a los maestros para ayudarlos en su perfeccionamiento cultural y técnico. Pero el sistema era embrionario por lo incompleto y falta de organización. Corresponde al actual Subsecretario, señor Sáenz, haberle dado forma y conceptos estables con la creación ya aludida de la Dirección de Misiones Culturales.

La Dirección de Misiones Culturales inspira su trabajo en las mismas tendencias filosóficas que fundamentan el programa de acción de la escuela rural. Las finalidades concretas que persigue son:

- 1.º El perfeccionamiento cultural y profesional de los maestros en servicio.
- 2.º La formación de nuevos maestros rurales.
- 3.º El mejoramiento cultural, económico y social de las comunidades indígenas.

Para el logro de tales fines, se han establecido:

- a) Las Misiones Culturales Ambulantes.
- b) Las Escuelas Normales Rurales.
- c) Las Misiones Culturales Permanentes.

MISIONES CULTURALES

Las Misiones de tipo ambulante van de lugar en lugar, de un modo sistemático y definido, reuniendo a los maestros y organizando *Institutos* de perfeccionamiento que funcionan intensamente durante cuatro semanas. Estos cuerpos docentes influyen sobre los maestros por medio de un ciclo de lecciones y de experimentos sociales y sobre las comunidades rurales promoviendo su entusiasmo en beneficio de su propio mejoramiento. El personal que las integra se compone de un profesor de Educación y Técnica de la Enseñanza, una Trabajadora Social, un Agrónomo, un Maestro de pequeñas industrias y un Profesor de Educación Física.

Las Misiones Permanentes tuvieron su origen en las de tipo ambulante y se idearon para influir exclusivamente sobre los medios adultos de mayor incultura. Su programa de acción

es integral y abarca los aspectos domésticos, social, económico y cultural. Son, por decirlo así, el complemento de la obra de la escuela. Abarcan ambos toda la magnitud del problema educacional y se garantizan mutuamente. Así se corre menos el riesgo de que el medio tradicional ahogue los esfuerzos por la educación del niño. Su personal está compuesto de un doctor y una enfermera ayudante, una trabajadora social, un agrónomo, una matrona, un experto en industrias regionales, un carpintero y un albañil.

COMO FUNCIONA UNA MISION CULTURAL AMBULANTE

El programa de mejoramiento profesional de los maestros y de integración del medio social asignado a estas misiones se cumple totalmente en la *realidad*. Les sirven de laboratorios la escuela rural del lugar y la comunidad misma; todas sus lecciones son prácticas, todos sus experimentos funcionales.

Generalmente, cuando las misiones llegan al sitio en que deberán realizarse los institutos, ya se han congregado los maestros de la región y han preparado sus alojamientos y organizado sus cooperativas. Naturalmente, el punto que se elige para centro de las actividades cuenta con algún edificio apropiado: el de la Escuela Normal Regional, el de un convento abandonado o el del propio Municipio.

De sus pobres sueldos (ganan de uno a tres pesos diarios) (1) los maestros gastan lo necesario para su sostenimiento durante un mes; el viaje de ida y regreso lo hacen por lo común a pie, en jornadas, tardando no pocos hasta dos y tres días.

Por término medio, el sistema de cooperativas de gastos de alimentación, lavado, etc., les impone un desembolso de \$ 0,60 a \$ 0,70 diarios. A veces algún Municipio, algún diputado regional, algún vecino pudiente los ayudan con dinero o con productos. Comisiones de maestros y maestras hacen las compras, atienden la cocina, el comedor y realizan los demás menesteres domésticos.

La iniciación de los cursos se lleva a efecto con toda solemnidad en algún teatro o barracón apropiado y, a veces, al aire libre, a fin de que pueda concurrir el mayor número de vecinos del poblado y de los alrededores. El Director de Educación Federal en el Estado, el Gobernador del mismo, algún político regional u otra persona prominente, da la bienvenida a los misioneros y maestros. Luego, el Director de la Misión explica el objeto que allí los congrega, el programa escolar y

(1) El peso mejicano vale, más o menos, medio dólar.

social por realizarse; solicita el concurso del vecindario y ofrece la ayuda de la misión para toda obra de bien colectivo.

El estudio previo del medio es trabajo indispensable y la misión lo realiza desde los puntos de vista físico, etnológico, económico y social. Tradiciones, costumbres, religión, clima, productos, sistemas de trabajo, posibilidades comerciales, nada se olvida.

Iniciado el trabajo formal todo el día es de preocupaciones: primero, lecciones de carácter escolar, luego, de acción social, economía doméstica, puericultura, salubridad y, por fin, enseñanza y perfeccionamiento de pequeñas industrias, agricultura, crianza de animales, etc.

Por las noches, en reuniones libres, se hace música, se baila, se comenta el trabajo realizado y se esbozan proyectos. Entre días se dan exhibiciones de cinematógrafo a los vecinos, cuidando de que las cintas que se pasan, al par que recreen, ilustren y complementen las lecciones.

A veces ocurre que, espontánea y gratuitamente, otros profesores, profesionales, y hasta políticos se unen a los elementos permanentes de la misión y acrecen y prestigian su labor.

El pueblo mira con simpatía estas corporaciones y coopera facilitando a los maestros la adquisición de artículos alimenticios, poniendo a disposición de ellos campos de cultivo para las experimentaciones agrícolas, proporcionando caballos para excursiones, etc., etc.

Profesores y maestros recorren el poblado y los alrededores, conviven con las gentes, responden a sus preguntas, las ilustran acerca de lo que deben hacer para mejorar las condiciones materiales e higiénicas de sus habitaciones, para criar mejor a sus hijos, para procurarse una alimentación más racional. Instruyen a los hombres acerca de las ventajas de los buenos caminos, de la construcción de puentes, molinos, canales, de regadío, curtidos de pieles, fabricación de jabones, etc.

Cuando la misión ha terminado sus labores, los maestros vuelven a sus escuelas de la montaña o de la estepa y las Misiones siguen su ruta apostólica.

Se ha deshecho, en su aspecto material, la visión milagrosa. Pero los maestros llevan una nueva conciencia profesional y cívica, buen bagaje de conocimientos y habilidades técnicas y un emocionante optimismo. En el pueblo queda el influjo bienhechor de una verdadera caridad social, de aquella que no es humillante mendrugo de pan ni consejo baladí; algo insólito para los pobres indios habituados a la explotación y al abandono. Un rayo de luz penetra en sus espíritus y empiezan a comprender que también son hombres, que también pueden perfeccionarse y ser felices.

Por eso, idos los misioneros, miran con tristeza en la quietud de la tarde la visión que se aleja.

Como manifestación ostensible y viva del paso de la Misión, como una especie de monumento a su recuerdo, alguna obra material, alguna institución organizada, queda en el caserío: una plaza de juegos infantiles, un molino, una Cruz Roja, una estafeta de correos, una cooperativa, una biblioteca.